

Anders Zorn (1860-1920) es considerado el pintor sueco más internacional. Nacido en un entorno rural humilde en la región de Dalecarlia, alcanzó una extraordinaria proyección internacional gracias a su talento y su dominio de distintas técnicas artísticas. Llegó a convertirse en uno de los retratistas más solicitados de su tiempo, y se relacionó con naturalidad con monarcas, aristócratas, banqueros y otras personalidades de la sociedad europea y estadounidense. Sin embargo, nunca olvidó sus raíces, y, además de captar la vida tradicional de su región de origen, participó activamente en la promoción y conservación de sus costumbres y su patrimonio frente a la amenaza que suponía la llegada de la industrialización.

Los inicios de Zorn están ligados a un dominio virtuoso de la acuarela, técnica que perfeccionó a través de sus distintos viajes de juventud, entre los que destacan los realizados a España. Establecido en París desde 1888, el artista se consolidó como uno de los protagonistas del triunfo de la pintura naturalista en las exposiciones internacionales junto a artistas como John Singer Sargent o Joaquín Sorolla. Su éxito pronto desbordó las fronteras europeas y llegó a Estados Unidos, donde se convirtió en uno de los retratistas predilectos de las grandes fortunas del país. A pesar de su extraordinario reconocimiento internacional, Zorn siempre mantuvo un profundo vínculo con su país, y en 1896, más de dos décadas después de haber salido de la tierra en la que se había criado, regresó a Mora, donde falleció en 1920.

La exposición *Anders Zorn. Recorrer el mundo, recordar la tierra* ofrece una visión integral de la trayectoria artística del pintor sueco, marcada por una fecunda tensión entre cosmopolitismo y arraigo local que le valió ser descrito por sus contemporáneos como «una mezcla entre caballero y campesino». A pesar del papel decisivo que desempeñó tanto en la escena internacional como en la sueca, la fortuna crítica de Zorn se vio eclipsada por la construcción del relato historiográfico posterior, que privilegió las narrativas estéticas asociadas a las vanguardias.

Esta muestra busca reivindicar su obra y su legado y contribuir al conocimiento de uno de los creadores más fascinantes del arte moderno.

Casilda Ybarra Satrústegui

Ampliando horizontes: primeros años

Anders Zorn nació en 1860 en la provincia sueca de Dalecarlia. Sus padres se conocieron cuando trabajaban en la cervecería Von-Düben de Uppsala, si bien nunca se casaron y Anders no llegó a conocer a su padre. Debido al trabajo temporal de su madre, el pequeño fue criado por sus abuelos en una humilde granja en el corazón de Suecia. Desde niño mostró una extraordinaria destreza manual que pronto lo encaminó hacia la carrera artística. A los quince años ingresó en la Academia de Bellas Artes de Estocolmo, donde destacó por su dominio de la acuarela. Su primer gran éxito llegó en 1880 con *De luto*, acuarela presentada en la exposición anual de estudiantes que atrajo la atención de la crítica y que le abrió las puertas a numerosos encargos de retratos.

Un año más tarde, desencantado con la enseñanza académica y respaldado por la independencia económica que le proporcionaban estos primeros encargos, Zorn abandonó la institución. Inició entonces una etapa de viajes que resultaron decisivos para su formación como artista. Entre ellos destacan los realizados a España, atraído por la imagen romántica difundida por su admirado compatriota el acuarelista Egron Lundgren (1815-1875). El virtuosismo técnico y el gusto por los motivos anecdóticos, que tan bien se prestaban al género orientalista que en ese momento gozaba de tanto éxito entre los clientes europeos, protagonizan las obras españolas de Zorn así como las realizadas durante sus estancias en Constantinopla y Argelia.

Interesado por los motivos fluviales y los efectos atmosféricos, tanto sus paisajes de Inglaterra como las vistas de su Suecia natal revelan su afinidad con la acuarela y una temprana fascinación por la representación del agua, cuya superficie y reflejos se convertirán en un tema recurrente a lo largo de toda su carrera.

Llegar a ser pintor: de la acuarela al óleo

En el año 1882 Zorn se instala en Londres, donde rápidamente se consolida como retratista. Tres años más tarde, su matrimonio con Emma Lamm –miembro de una acomodada familia judía de Estocolmo– amplía notablemente su red de clientes, entre los que destaca el influyente banquero Ernest Cassel. Su fama como retratista no tarda en traspasar fronteras: del Reino Unido a Suecia pasando por Portugal y España, adonde acude en 1884 para pintar retratos de relevantes miembros de la sociedad madrileña. Desde sus inicios sus retratos se distinguen por situar a los modelos en entornos que actúan como atributos simbólicos de su personalidad.

La destreza de Zorn en la representación minuciosa de los detalles alcanza un punto culminante en *La ninfa del amor*, un raro ejemplo de pintura mitológica en su producción. Esta obra marca un punto de inflexión en su trayectoria, ya que a partir de entonces el artista solo buscará sus temas en los entornos cotidianos.

Esta evolución coincide con la madurez artística que alcanza en esos años, como evidencian obras excepcionales como *Placer de verano*. Hasta entonces inmerso en la acuarela, Zorn comienza a trabajar con el óleo en 1887 durante su estancia en la localidad inglesa de St Ives, donde entra en contacto con una activa colonia de artistas. Este nuevo medio –que alterna durante un tiempo con la acuarela y con el que pronto demuestra un dominio notable– acompaña su transición hacia una pintura de orientación naturalista, centrada en escenas de la vida diaria y en la captación de los efectos de luz y color, desprovista de artificios. Zorn inaugura así una nueva etapa que le abre las puertas del éxito en París y que supone la consolidación de su proyección internacional.

De París al mundo: la consolidación de Zorn como artista internacional

Entre 1888 y 1896 los Zorn se establecen en París, entonces capital mundial del arte. Allí, el pintor se integra rápidamente en los círculos artísticos y participa activamente en las principales exposiciones. El año 1889 marca un punto culminante en su carrera, pues recibe la medalla de oro en la Exposición Universal y es nombrado caballero de la Legión de Honor, una de las más altas distinciones otorgadas por el Estado francés.

Una parte significativa de su producción parisina son retratos de artistas, intelectuales y miembros de la alta sociedad. Zorn aporta una mirada inédita a este género, alejándose del formato tradicional de estudio para representar a sus modelos en entornos o acciones que reflejan su identidad, como se aprecia en los retratos del actor Coquelin Cadet o del barítono Jean-Baptiste Faure.

Durante estos años también comienza a explorar temas vinculados con la vida urbana moderna, como vemos en *Ómnibus I*, una obra que forma parte de un conjunto reducido pero ambicioso dentro de su producción. Estas piezas fueron exhibidas con especial protagonismo y alcanzaron precios elevados en el mercado internacional, especialmente entre coleccionistas extranjeros.

El prestigio internacional que Zorn adquiere en este periodo se refleja también en sus numerosos viajes, bien acompañado por influyentes mecenas como Isabella Stewart Gardner –quien hospedó al matrimonio en su palacio veneciano en 1894–, bien requerido por instituciones y clientes para realizar encargos en Europa y Estados Unidos. Sin embargo, el artista nunca pierde el vínculo con sus raíces: regresa cada año a Suecia hasta que, en 1896, decide establecerse definitivamente en Mora, su localidad natal.

Bañistas al aire libre

Hasta el siglo XIX los códigos de la historia del arte limitaban la representación del desnudo femenino a la pintura mitológica o alegórica. En la década de 1880 Anders Zorn traslada esas imágenes del interior del estudio del artista al paisaje natural sueco, liberándolas de los dictados de la tradición académica. Sus modelos, mujeres nórdicas, ya no representan a heroínas o diosas de la Antigüedad, sino que encarnan el ideal de salud y fortaleza contemporáneo que evocaba la armonía con la naturaleza y las propiedades terapéuticas del agua.

Zorn solía realizar estas composiciones durante sus veranos en Dalarö, en el archipiélago situado al sur de Estocolmo. Su interés por el tema, que aborda por primera vez en 1887, enlaza con sus anteriores exploraciones sobre los reflejos de la luz y el movimiento de la superficie del agua, a las que ahora añade la presencia del cuerpo femenino. Sus modelos son captadas en actitudes aparentemente naturales, ajenas a la presencia del pintor, lo que otorga a estas escenas una particular sensación de espontaneidad e intimidad.

Aunque en ocasiones fueron objeto de censura, estos desnudos gozaron de gran éxito en vida del artista y contribuyeron decisivamente a su proyección internacional. Destacan por la interacción entre cuerpo, luz, agua y naturaleza; sin embargo, también revelan una interpretación del cuerpo femenino construida desde la mirada masculina. A partir de 1900 Zorn comenzó a trasladar estos desnudos a espacios interiores, con lo que perdieron parte de la frescura y franqueza iniciales. Hoy, estas obras se leen no solo como innovadoras en su tiempo, sino también como testimonio de las tensiones culturales y de género que siguen siendo objeto de debate.

Zorn retratista

El retrato le abrió a Zorn las puertas de la escena artística. Desde su juventud demostró un talento precoz en este género, que supo hacer evolucionar a lo largo de toda su carrera. Aunque el retrato se basaba en códigos bien establecidos, Zorn introdujo innovaciones que lo convirtieron en uno de los artistas más solicitados del momento. Al igual que otros pintores de su generación, como John Singer Sargent, Giovanni Boldini o Joaquín Sorolla, Zorn apostó por la naturalidad y la espontaneidad en unas imágenes que a menudo están alejadas de la rigidez tradicional del género y en las que el entorno del retratado desempeña un papel fundamental.

El prestigio que alcanzó le llevó a cruzar el Atlántico en siete ocasiones con destino a Estados Unidos, siguiendo la estela de los principales retratistas europeos del momento. Entre sus clientes americanos destacan tres presidentes del país, importantes magnates de la industria o miembros de destacadas sagas familiares como los Vandervilt. Convertido en el pintor más internacional de Suecia, Zorn fue requerido también por la alta sociedad y la casa real de su país para la creación de algunos de sus retratos. Asimismo, retrató a otros amigos pintores, como Max Liebermann o Joaquín Sorolla, efigies que revelan un carácter más íntimo.

A pesar de este éxito, Zorn hubo de afrontar críticas relativas a una supuesta improvisación y superficialidad en sus composiciones, manifestada en la pincelada suelta y el carácter abocetado de sus trabajos, rasgos que hoy se valoran como parte de su modernidad.

Suecia: la fuerza de las raíces

A pesar de sus numerosos viajes y su vida cosmopolita, Zorn siempre mantuvo un profundo vínculo con su región natal, Dalecarlia. En 1896 regresó definitivamente a Mora para instalarse en una residencia que él mismo había diseñado, una casa que combinaba lo rústico con lo refinado y que reflejaba su sensibilidad artística y su apego a las raíces. Este retorno coincidió con una corriente de inspiración romántica que reivindicaba los valores nacionales encarnados en las regiones rurales de Suecia. Dalecarlia se convirtió entonces en símbolo de la cultura campesina y de las tradiciones suecas, y Zorn, más que ningún otro artista, contribuyó a forjar su imagen idealizada a través de la pintura.

En estas obras retrata el mundo de su infancia y pone en valor aquellas costumbres que habían permitido a la región resistir frente a la modernidad industrial: el trabajo agrícola, los trajes típicos, las celebraciones populares... Estas escenas, impregnadas de autenticidad, se articulan mediante un lenguaje moderno e internacional con el que alcanzó un notable éxito también fuera de las fronteras suecas.

Zorn se implicó activamente en la preservación de la cultura de Dalecarlia no solo mediante su producción artística: organizó concursos de música folclórica, coleccionó textiles y objetos tradicionales y fundó el museo al aire libre Gammeln, destinado a la conservación de la arquitectura rural. Emma Lamm, esposa de Zorn, continuó con el legado de este tras su fallecimiento en 1920, que se consolidó con la creación del Zornmuseet en Mora, asegurando que el nombre del pintor quedara ligado para siempre a la región y la identidad cultural sueca.

Zorn grabador

Zorn es considerado uno de los grandes maestros del grabado en la historia del arte moderno y uno de los revitalizadores de este medio en Suecia. Su carrera como grabador abarca treinta y siete años durante los cuales realizó doscientos noventa y un aguafuertes, un número comparable al producido por Rembrandt, al que consideraba su principal fuente de inspiración y modelo técnico y del que atesoraba una notable colección de estampas.

Zorn se inició en el grabado en Londres en 1882 bajo la tutela del artista sueco Axel Herman Haig. Sus primeras obras son en su mayoría reproducciones de acuarelas y pinturas propias que se caracterizan por la precisión del dibujo y la captación minuciosa de los detalles. Sin embargo, a partir de 1888, Zorn desarrolla un estilo personal definido por la economía de líneas, los contornos abiertos, la estructura clara y el uso de líneas paralelas para crear volúmenes y atmósferas.

El artista mantuvo un diálogo constante con la obra gráfica de Rembrandt, adoptando y reinterpretando el claroscuro y la libertad de línea característica del maestro holandés. Además, su producción evolucionó hacia composiciones originales en las que la inmediatez y la espontaneidad se combinan con una meticulosa planificación técnica. Esta evolución se refleja en su habilidad para capturar la luz y el movimiento, elementos que también son prominentes en sus pinturas al óleo.

Los temas más habituales de sus grabados son similares a los de sus lienzos –retratos, desnudos al aire libre y escenas rurales de su región natal– y evidencian su interés tanto por la figura humana como por la vida cotidiana de los habitantes de su país. Zorn logró tal popularidad con sus aguafuertes que a menudo estos alcanzaron un precio superior al del resto de sus obras.